

ascensión definitiva, a pesar de todos los obstáculos y frenos con que pretendan sofocarla. Una labor heroica y varonil de honradez y sinceridad se presenta a nuestros novelistas. Las condiciones de nuestra vida son tal como las vemos y así hemos de expresarlas sin rodeos ni mentiras. Hacer otra cosa significa huir del auténtico terreno del arte actual y perderse en la inútil e insignificante maroma intelectualista.

A lo largo de todas nuestras reflexiones hemos mirado a Mariano Latorre en un sentido de gestación y arquitectura propia. A pesar de esto, existen sólidos elementos en él, fijos y definitivos que son el preludio de su creación futura. Su técnica de la novela, única entre nuestros escritores de escasa raigambre, su escondida capacidad lírica, raro subjetivismo en un hombre de estudio y trabajo paciente, y su preocupación por los temas y los personajes populares, por el campesino hoy en día y más tarde, quizás por el proletario, hacen de él un genuino novelista de hoy, lleno de actualidad, de interés y valor literario, muy próximo a toda esa falange de los escritores que buscan el impulso de las clases populares para predecir una época de mayor bienestar y de más sólida cultura..—FERNANCO ALEGRÍA.

«INDECISIÓN Y DESENGAÑO DE LA JUVENTUD», por *Domingo Melfi D.*, Santiago, Chile.

El autor de este reducido y enjundioso volumen, en el cual se plantea «el proceso de las generaciones jóvenes de Chile», ya ha acreditado sus excelentes dotes de publicista con varios libros de ensayos, entre los cuales se cuenta, bajo el título «Pacífico-Atlántico», una visión espiritual y plástica de Chile, Argentina y Uruguay, realizada con lucidez, hondura y originalidad innegables.

Aborda ahora un tema sociológico sugestivo y cautivante, cuya generalización, con levísimas variantes, se podría aplicar a todos y a cada uno de los países de América.

Nosotros ya habíamos percibido el inmediato y acuciante problema, más que de indecisión y desengaño de la juventud, de indiferencia y de algo equivalente al nihilismo ruso, que podríamos traducir en «nadismo», en baldío, en estado espiritual árido, soso e infecundo.

Se nos ha aparecido como una necesidad, como una angustiosa y dolorosa necesidad, dar el previsor grito de alerta, anunciando que está a punto de morir el fuego sagrado, la llama—que anhelamos sempiterna—de la libertad y la admonitiva e inflexible voz de la conciencia.

Una inhibición, que posiblemente nace del cansancio, del escepticismo—no queremos creer que de la impotencia—nos tiene con los brazos cruzados frente a la catástrofe y lo peor es que ignorantes de su trascendencia, incapaces de apreciar la magnitud de lo que el logrerismo, la politiquería y el servilismo, intentan arrebatarnos.

Siempre hemos mirado hacia Chile, como hacia un pueblo en desarrollo de madurez—camino de mayoría de edad que prueban acabadamente sus letras—siendo para nosotros su historial atormentado, sus luchas cruentas, sus transiciones caóticas, como una señal de vigilia trágica, como un augurio de parto doloroso, capaz del alumbramiento de un orden y un nivel superiores.

Prueba de esa madurez es este estudio, es este impulso de detenerse en la marcha y meditar sobre el sendero recorrido, sobre el presente trabajoso y sobre la fatiga del futuro, sobre la perspectiva, que debe ser siempre, optimista del porvenir.

Nosotros aun no hemos tenido la suerte de ver aparecer el discriminador de este revuelto hervor de pasiones, de ambiciosos, de ideales enanos y de aventajadas figuras, que tienen que decapitarse en honor a la mediocridad de los fines a los cuales están supeditados los partidos de cintillo, que continuamos padeciendo.

Poco o nada se ha hecho en el sentido del estudio de nuestro medio político y lo que ha surgido, como consecuencia de los

últimos acontecimientos, está demasiado supeditado a una apasionada visión unilateral. El enemigo, el adversario, polariza de manera demasiado absorbente la invectiva o la merecida condenación, malogrando la visión de conjunto.

Tal vez se salve airosamente de esa apreciación, el estudio impecable e implacable de la psicología de nuestras muchedumbres campesinas y de las génesis de caudillismo gaucho y las revoluciones criollas, en el libro valiente y sincero de Emilio Frugoni *La revolución del machete*.

Pero, en general, no es la protestaviril—perfectamente admisible desde el punto de vista humano—la posición más adecuada para el examen claro y sereno de los factores que conspiran contra la elevación y la dignificación de nuestro medio cívico.

No significa tampoco que sea del apoliticismo, sino de la activa militancia, de donde deba surgir esa voz enérgica y clarificadora, severa y justa, que diga la única verdad, por arriba de los odios y de los despechos, pero también por sobre el envanecimiento, la soberbia y la petulancia de los encumbrados, que estallan de vanidad e identifican el bien del pueblo en sus satisfacciones personales.

Porque del apoliticismo no se podrá esperar nunca nada; pues esa cómoda posición no significa otra cosa que una triste inferioridad de ser insensible a la vida o un cobarde individualismo, alrededor del cual merodean la egolatría y el narcicismo.

Un apartamiento de la lucha para agudizar la visión, una equidistancia para la imparcial precisión del juicio, son recomendables para quienes como Domingo Melfi, van a bajar a la arena a decir su palabra de claridad y de decisión, pero luego, posiblemente, ya en el ardiente campo de la lucha, será imprescindible anunciarle a los hombres el lado de la aurora, el flanco por el cual el obscuro cuerpo dolorido del mundo va sangrar la luz!

Chile, a deducir del análisis de nuestro ensayista, ha atravesado por procesos familiares a nuestro medio ambiente. En-

riquecimiento de algunas clases, pauperismo agudo de las otras, enconadas luchas sensualistas por el poder, representación parlamentaria privilegiada del latifundista, del ganadero, de las clases, pudientes o de sus incondicionales alquilones, y fabricación en serie, por parte de la Universidad, de profesionales que, del precioso instrumento de la cultura, no hacían si no una vulgar herramienta para ganar dinero.

La demagogía se encendía por un lado y la burocracia inflaba una elefantíasis progresiva, que agobiaba a la nación. Ignoramos si el deporte, desvirtuado de su noble y saludable finalidad de fortalecer y embellecer la raza, degeneró—como sucede entre nosotros—en feria de vanidades y de lucro y hasta en instrumento politiquero, transformando un magnífico monumento elevado al vigor físico, en un «fumadero de opio», tan funesto, como ese otro circo de las carreras de caballos, donde la enfermedad endémica padecida por ambas tierras, arrastraba la consecuencia de la colocación del guarismo voto en el empleo público, que aseguraba la continuidad de las castas políticas.

Como pudiera expresarse aquí, alguien dijo allá, sarcásticamente:

—En la puerta del Palacio de Gobierno, se puede colocar un letrero con esta inscripción: «Se ofrecen empleos».

Luego ese veneno y ese marasmo, ese cansancio y esa fiebre de la postguerra, vinieron como a cobrarse el interés del enriquecimiento imprevisto de las clases dirigentes; un resplandor mesiánico iluminó a unos y el veneno letal para las democracias, del morbo fascista, se infiltró en el espíritu de otros. Pero todo vago, atenuado, sin devorante pasión, como decotinado, para que no hiriese demasiado en lo vivo a una generación de decadencia.

En tanto, Chile, como marcando esa evolución que yo intento descubrir, despertó en un momento en la voz profética y acusadora de un maestro, de Alejandro Venegas, que clamó en

un libro heroico, con el título lapidario de «Sinceridad», su pasión de patriota y su acusación de apóstol y de moralista!

Chile perdió la oportunidad de reconcentrarse y superarse, porque no oyó esa voz. Nosotros que estudiamos la obra de Melfi, puesto los ojos y el alma en nuestra tierra, pensamos: ¿Poseerán alma y sensibilidad nuestras generaciones para acoger y responder a un reclamo semejante? ¿Nos habrá llegado la hora de obedecer la voz que ordena el «levántate y anda?».

El autor, en esta obra tan densa, que lo hace incursionar en las disciplinas del Arte, analiza la creación novelística americana para, sacando consecuencias sobre el general fracaso de los héroes generosos e idealistas, temer que la vida puede bien—en amarga paradoja—reproducir esa derrota... Pero reacciona para afirmar que espera del pensamiento, del estudio, de la investigación de las nuevas juventudes, un florecimiento de idealismo y de sueño, un poner más alto la mira, como para tener esperanza y confianza en el futuro de América!

Es acertada la observación de que en la novela americana, como quizá en la literatura mundial (él hace excepción de la sajona) los soñadores, los guías, caen, como se pierde en la pampa ilímite, la aventajada figura de don Segundo Sombra, adquiriendo en ese tramonto su mayor grandeza!

Pero todo eso es quizá posible, porque esas figuras son individuales.

Aun triunfando no revestirían importancia mayor, pues el triunfo de un hombre es siempre secundario. Lo grandioso es el triunfo de una idea. Los panegiristas de los ídolos de barro, los serviles turiferarios de los dictadores y tiranuelos, no saben eso. Lo grande es lo plural, lo colectivo, lo humano, la Humanidad!

De ello, de una gran masa, de una gran avalancha, de una muchedumbre, en que se puede esperar la renovación.

Ella vendrá.

Los que estudian, los que poniendo de relieve los vicios de

presente, dan por descontado la posibilidad de superarlos, lo anuncian.

Como los otros maestros que antes orientaron o contribuyeron a perfeccionar a Chile, Alejandro Venegas y sus pocos, pero buenos discípulos, continuarán clamando su mensaje augural.

Como aquélla—y esperamos que levantando eco en toda América—resuena esta voz de faro, de flecha y de estrella, de Domingo Melfi!

Que no caiga en desierto.

Que la multipliquen los ecos de nuestro fervor, de nuestra esperanza y de nuestro entusiasmo!

(Trasmitido por radio «Internacional C. X. 10 de Montevideo», 1935.—MONTIEL BALLESTEROS.

LEJANÍAS EN EL DESIERTO, por *Estela Miranda*. Imp. Nascimento. Santiago.

Una luz suave, penumbrosa, vaga como el canto de un pájaro en la hora del atardecer, a través de los versos que Estela Miranda ha reunido en este volumen. No hay en ellos, júbilo, ni cantos apasionados, que traduzcan ansiedades quemantes que se exterioricen en gritos agudos y lacerados. Son más bien armonías recónditas, voces melodiosas ensordinadas de melancolía evocadora. Brotan de la sensibilidad: suavemente, dulcemente, como si la poetisa viviera en un estado permanente de recogimiento ajeno a la realidad de la vida.

Y es que Estela Miranda, por una serie de circunstancias dolorosas ha hecho una intensa vida interior. La alegría de su juventud se vió tronchada muy pronto por algunos males físicos que la obligaron a abstraerse de cuanto es amable, en esos días en que el alma siente rebullir adentro, coma pájaros locos, el llamado jocundo y esperanzado del mañana prometedor. Para ella, debido a su precaria salud, ese camino fué esquivo, incier-